

Vaticano. Así como al sonido de las trompetas de Josué cayeron repentinamente los muros de la soberbia Jericó; del mismo modo, al canto del santísimo Rosario, introducido por el celo de Domingo en la Iglesia, aquella orgullosa herejía se estremece, se desploma, se hunde. ¿Quién no admira la eficacia de esta oracion?

Mayor, si cabe, es la que ha mostrado tener para conducir los pecadores á la penitencia y á la reforma de costumbres. ¿Qué no hizo el celo de Domingo por la salud de las almas? No es de este lugar referir todo lo que emprendió por ella: solo diré, y lo diré sin temor de que nadie pueda censurar mi expresion, que desde el tiempo de los Apóstoles no hubo en la Iglesia un hombre que poseyese mas dotes oratorias, que esgrimiese mejor la espada de la divina palabra, que recorriese mas provincias, que derramase mas sudores, que evangelizase á mas pueblos. Pero ¿y el fruto? ¡Ah! el fruto, aunque era muy grande, distaba mucho de corresponder á sus deseos. ¿Qué hizo, pues? En lugar de los sermones dogmáticos, controversias y disputas de que hasta entonces se habia servido, y en las que habia descubierto un talento admirable, se aplicó muy especialmente á predicar el Rosario á los pueblos, á exhortarlos á meditar con atencion los misterios que comprende, á unir la oracion del corazon con la oracion de la boca. No se hicieron esperar mucho tiempo los felices resultados de esta oracion. Apenas los cristianos comenzaron á rezarla con espíritu y fervor, se vió un cambio tan radical en las costumbres, que quedó enteramente renovada la faz de la tierra.

No me digais que hoy dia el Rosario ya no debe tener la misma virtud, puesto que no produce semejantes efectos. ¡Ah! cristianos: no es por falta de virtud en el santísimo Rosario el que no veamos ahora aquellos efectos admirables que pro-

ducia en tiempos antiguos, sino por otra razon muy diferente. Porque ahora no se ven los milagros que se veian en el principio de la Iglesia, ¿debemos pensar que Dios ya no tiene poder para hacerlos? Porque algunos no experimentan el fruto de los Sacramentos que reciben, ¿hemos de creer que es por falta de virtud en los Sacramentos mismos? No: lo que debemos creer es que no se reciben con la debida disposicion. Pues del mismo modo, si el Rosario ya no disipa á los enemigos de la Iglesia, si ya no acaba con la herejía, si ya no obra aquellas conversiones ruidosas que ha obrado en otras épocas, no es que haya perdido un ápice de su virtud y eficacia: es que no se reza con el modo que debiera rezarse, es que no se imitan los admirables ejemplos que sus misterios ofrecen, es que no se vive conforme á los altos fines de su institucion. Dadme un pueblo que abrace con fervor la devocion del Rosario, que lo rece segun los fines para los cuales fue instituido, que se esfuerce á vivir conforme á los modelos que él nos pone á la vista; dadme un pueblo semejante, y yo salgo garante de que en breve desaparecerán de este pueblo el libertinaje, los vicios y los pecados.

De todos modos: vosotros veis cuán noble y elevado ha sido el origen de esta oracion, cuán solemne y universal la aceptacion que ha tenido entre los cristianos, cuán grandes y admirables los frutos que ha dado á la Iglesia. En vista de esto, bien puedo prometerme que todos la abrazaréis con fervor, que todos la rezaréis cada dia, que todos procuraréis vivir conforme á su espíritu. Hé aquí el saludo que os encargo hagais frecuentemente á María santísima; saludo, no lo dudeis, á que ella corresponderá con otro que os valdrá el cielo. Amen.

El Rosario considerado como misterio.

Vobis datum est nosse mysterium regni Dei. (*Luc. VIII, 10*).

Los que solo miran en el Rosario la superficie exterior, porque no tienen talento ó paciencia para penetrar hasta su espíritu y examinarlo en el fondo, se quedan atónitos cuando les decimos que él, al paso que es la devoción mas sencilla y acomodada á la comprensión de la gente ignorante y vulgar, es al mismo tiempo una de las devociones mas elevadas, mas sublimes y mas propias para ocupar á las personas de talento é ilustración. ¿Qué tiene el Rosario, nos preguntan, que pueda dar pábulo á un entendimiento elevado y reflexivo? ¿Qué hay en él que despierte grandes ideas en el entendimiento, y excite afectos generosos en el corazón? ¿Sería acaso esa repetición continua de unas mismas oraciones, mas propia para tediarse el espíritu que para elevarlo y enardecerlo?— Eso tiene el no mirar las cosas sino por la superficie, y el no conocerlas sino por la parte de afuera. Aun cuando el Rosario consistiese únicamente en rezar Padre nuestros y Ave Marías, no habría razón para calificarlo de devoción sin elevación y sin espíritu, puesto que estas dos oraciones, bien meditadas, dan materia suficientísima para concebir grandes pensamientos y afectos; pero ¿consiste por ventura en esto solo? Mal lo conocen los que así piensan.

El Rosario, carísimos, es como el arca del testamento, la cual, si bien era formada de la materia mas preciosa y rica, no consistía en esto su principal mérito y valor. ¿Sabeis en qué consistía? En una cosa que no parecía afuera, que estaba encerrada dentro, y que solo era apreciada de los que la miraban con la vista de la fe, á saber, las tablas de la ley que

Moisés habia depositado en ella, para que sirviesen de eterna memoria de los beneficios que el Señor habia hecho á su pueblo. Así igualmente, tan sublimes y preciosas como son las oraciones de que está compuesto el Rosario, no consiste en ellas su principal mérito y valor, sino en los misterios de Jesucristo que forman como su espíritu, su alma y su esencia; y que solo descubren aquellos que mas atienden á lo que encierra que lo que aparece afuera: *Vobis datum est nosse mysterium regni Dei.* ¡Ah! quien mire el Rosario bajo este punto de vista, tan léjos estará de considerarlo como una devoción destituida de espíritu y elevación, que al contrario lo tendrá por una de las devociones mas propias para hacernos formar los mas grandes pensamientos, concebir los mas santos afectos, y practicar las mas excelentes virtudes. Honradme con vuestra atención, y lo veréis.

A los que no hallan en el Rosario objetos dignos de su alta sabiduría y penetración séame permitido preguntarles, si saben qué cosa es rezar el Rosario. ¿Juzgan tal vez que es decir maquinalmente un número determinado de Padre nuestros y Ave Marías, sin aplicar el espíritu á ningun género de contemplación? Si así lo piensan, ya no es de admirar que no encuentren en él cosa alguna que los admire y los mueva; pero entonces el no hallarlo no procede del Rosario, sino de su ignorancia y falta de conocimiento de esta devoción.

Rezar el Rosario, entiéndase bien, no es ya simplemente pronunciar un cierto número de oraciones: es emplear á un mismo tiempo la lengua y el corazón en alabar y bendecir á Dios: es unir á las palabras de la boca los sentimientos mas tiernos y sublimes del alma: es cantar las divinas alabanzas con los labios, y juntamente recorrer con la mente cuanto hay

de mas profundo, de mas santo, de mas admirable en los misterios del Hombre-Dios : en una palabra, es contemplar á Jesucristo presente, seguirle paso á paso en todo el curso de su vida mortal, y ser como testigo de vista de cuanto ha hecho por la salud del hombre. Sí, quien reza debidamente el Rosario acompaña á Jesucristo cuando toma carne humana en las entrañas de una Virgen, cuando va á la casa de Zacarías para santificar á su Precursor, cuando nace entre animales en el pesebre de Belen, cuando se ofrece en las manos del sacerdote para cumplir con la ley de Moisés, y cuando en el templo es hallado de sus padres disputando con los doctores. Quien reza debidamente el Rosario hace compañía á Jesucristo con los Ángeles en las agonías del huerto, con Magdalena se compadece de sus dolores en los azotes, con las hijas de Jerusalem le reconoce por Rey de gloria en la coronacion de espinas, como el Cireneo le ayuda á llevar la cruz al Calvario, y asiste á sus agonías y á su muerte con Juan y las tres Marías. Quien reza debidamente el Rosario le ve resucitar glorioso como los Ángeles, subir triunfante al cielo como los discípulos, enviar al Espíritu Santo como los Apóstoles, conducir á su bendita Madre al cielo con asuncion gloriosa, y coronarla en cualidad de Reina y Soberana del universo.

Pregunto ahora : ¿hay en el mundo objetos mas dignos de ocupar á un entendimiento ilustrado, y sobre los cuales puedan hacerse reflexiones mas sábias y pensamientos mas sublimes, que estos misterios inefables del Salvador? Abraham solo logró contemplarlos de léjos, y por medio de figuras y enigmas ; y no obstante le arrebatában la mente, y le llenaban de gozo el corazon : *Abraham exultavit ut videret diem meum : vidit, et gavisus est*¹. En la concepcion de su hijo Isaac, veri-

¹ Joan. VIII, 56.

ficada en el seno estéril de su consorte Sara, vió el dia en que el Hijo de Dios se encarnó en las entrañas de María Virgen : solo vió la figura de este dia memorable, *et gavisus est*, y no obstante su corazon fue inundado de gozo. En el nacimiento del mismo Isaac vió el dia en que Jesucristo habia de nacer en Belen : solo vió la sombra de este dia dichoso, *et gavisus est*, y con todo su espíritu rebosaba júbilo. En aquellos tres Ángeles que se le aparecieron en forma humana, y á uno de los cuales adoró, vió en espíritu el dia en que tres reyes del Oriente habian de postrarse ante el pesebre del Salvador para adorarle y ofrecerle sus coronas : solo vió la figura de este dia feliz, *et gavisus est*, y sin embargo la alegría no le cabia en el pecho. En el sacrificio incruento de su hijo Isaac, á quien redimió inmolando un carnero, vió el dia en que Jesucristo habia de ser presentado en el templo, y María santísima habia de redimirle ofreciendo por su rescate un par de palomas : solo vió la imágen de aquel dia digno de eterna memoria, *et gavisus est*, y no obstante su alma experimentaba un consuelo inefable. ¿Qué diré de David y Moisés? El primero solo pudo contemplar los misterios de Jesucristo en lontananza, y el segundo veinte siglos antes que se verificasen ; y sin embargo concibieron de ellos ideas tan grandes y magníficas, que el uno les dedicó ciento y cincuenta salmos, y el otro le consagró aquel famoso cántico con que celebró el tránsito de Israel por el mar Rojo. ¿Y habrá todavía quien se queje de que el Rosario, que pone todos estos misterios á la vista como si estuviesen presentes, no tiene cosa alguna que despierte ideas grandes y pensamientos nobles?...

¡Ah! no solo despierta grandes ideas en el entendimiento, sino que excita afectos los mas santos en el corazon. Si se es pecador, excita afectos de penitencia : si se es penitente, produce deseos de mayor justificacion : si se es justo, anima á as-

pirar á un grado de santidad todavía mas alto. Que tome cualquiera pecador el Rosario, y al paso que irá rezándolo, medite con atencion los misterios que sucesivamente le pondrá á la vista : yo aseguro que, aunque sea un Acab en la malicia, un Faraon en la dureza, y un Judas en la obstinacion, no tardará en reconocer sus culpas, y en lavarlas con abundantes lágrimas. Porque no hay corazon tan empedernido, alma tan insensible y obstinada, que á la séria meditacion de los misterios del Rosario no se compunja, no se ablande, no se arrepienta. Por esto san Pablo, deseando precaver á los hebreos contra el pecado, creyó que no podia conseguirlo mejor que induciéndolos á meditar sériamente los misterios de Jesucristo. Reflexionad, les decia, las contradicciones y tormentos que el pecado ha hecho sufrir al Salvador, y por ahí conoceréis su malicia, y los motivos que teneis para llorarle : *Recogitate eum, qui talem sustinuit à peccatoribus adversum semetipsum contradictionem*¹. Sí, pecadores, para conocer lo que es la culpa, y sentirse como forzado á detestarla, el medio mas poderoso es considerar á Jesucristo tal como os lo representa el Rosario, es decir, agobiado con las agonías del huerto, desgarrado con los golpes de los azotes, atormentado con la corona de espinas, fatigado con el peso de la cruz, y muerto en el Calvario. Meditad sériamente estos misterios, *Recogitate* : y su consideracion no tardará en excitar en vuestro corazon afectos de penitencia.

Así como el Rosario excita afectos de penitencia cuando se es pecador, del mismo modo produce deseos de mayor justificacion cuando se es ya penitente. En él aparece Jesucristo haciendo prácticamente aquello que hizo el rey Abimelec cuando se propuso animar á su ejército á apoderarse de la inexpug-

¹ Hebr. xii, 3.

nable ciudadela de Siquen. Convencido de que no habia otro medio de conquistarla que levantar á su alrededor una grandísima hoguera, y reducirla á cenizas, ¿qué hace? Lleva á su ejército sobre la cumbre del monte Selmon, donde habia una gran selva ; aquí toma una hacha en la mano, corta una gran rama, se la carga sobre las espaldas, y encaminándose hácia Siquen, dice á sus tropas : Lo que me veis hacer á mí, hacedlo vosotros tambien : *Quod me videtis facere, citò facite*¹. A un ejemplo tan ilustre veríais, cristianos, no solo á los soldados rasos, sino tambien á los capitanes, coroneles, brigadieres y generales cortar ramas á porfía, cargárselas sobre los hombros, marchar tras las huellas de su rey, teniéndose por mas dichoso aquel que mayor peso llevaba encima.

Así lo hace precisamente Jesucristo en el santísimo Rosario : para animarnos á subir á la cumbre de la perfeccion, pone á nuestra vista los ejemplos de su vida santísima, y al mismo tiempo nos va diciendo á todos : *Quod me videtis facere, citò facite*, haced lo que veis he hecho yo. ¿Veis el desprecio que he hecho de los honores, riquezas y placeres del mundo, naciendo pobre en un pesebre, llevando una vida humilde, y muriendo con los mas grandes tormentos? *Citò facite* : haced vosotros lo mismo. ¿Veis la prontitud con que obedecí á mi Padre celestial, ofreciéndome en el templo, y dejándome á su disposicion en el huerto de los Olivos? *Citò facite* : haced vosotros otro tanto. ¿Veis la paciencia, la mansedumbre, la caridad que mostré en las injurias, escarnios, baldones, azotes, corona, clavos y cruz? *Citò facite* : seguid mi ejemplo.—¡Ah! no hay corazon tan vil y tan bajo que, mirando atentamente los ilustres ejemplos de este Rey inmortal, no conciba deseos de imitarlos, y no se sienta como forzado á seguirlos. Y si se

¹ Judic. ix, 48.

encuentra alguno que, teniendo por costumbre el rezar el Rosario, no obstante no imita á Jesucristo, es porque, contento con solo rezarlo con los labios, no reflexiona ni medita.

Jesucristo no es como los escribas y fariseos, que eran buenos para imponer á los otros cargas insoportables que ellos no querian tocar siquiera con la punta del dedo, no : él hizo todo lo que enseñó, y nada nos manda hacer que él no lo haya practicado primero, como se dice en los Hechos de los Apóstoles : *Cæpit Jesus facere, et docere*. Si nos dice que llevemos la cruz, él nos va adelante : si nos encarga la penitencia, él la hace primero : si nos inculca la virtud, él nos da ejemplo. Y con su ejemplo á la vista, ¿hay dificultad que no desaparezca, sacrificio que no se haga suave, virtud que no se encuentre fácil? no. Suponed que me propongo practicar la pobreza, ¿qué hago para salir con mi intento? Doy una mirada á los misterios del Rosario, y viendo en el primero á un Dios recostado sobre el heno en un pesebre, digo á mí mismo : Jesús sobre pajas, ¿y tú nadando en la abundancia? Afuera riquezas, que no sois mas que lodo y basura. Suponed que deseo adquirir la mansedumbre, ¿qué hago para conseguirla? Doy otra mirada á los misterios del Rosario, y viendo á mi adorado Jesús que calla, sufre y está manso bajo una lluvia de acusaciones é insultos, basta, digo á mí mismo, no mas encolerizarme, no mas impacientarme por las injurias de mi prójimo. Suponed que quiero poseer la caridad para con mis enemigos, ¿qué hago para lograrla? Vuelvo á los misterios del Rosario, escucho algunas palabras que Jesús profiere estando ya próximo á morir; y al oír que dice : *Padre mio, perdona á los infelices que me quitan la vida*, me siento poseido de un tal amor para con mis ofensores, que, si es menester, iré á abrazarlos, y les daré un dulce ósculo.

Inferid de aquí, cristianos, cuán poco conocen el Rosario los

que lo reputan por una oracion vulgar, trivial y solo á propósito para la gente rústica y sencilla. ¿Vulgar una devocion que eleva el entendimiento á la contemplacion de las cosas mas altas?... ¿Trivial una devocion que despierta en el alma los afectos mas santos?... ¿Solo buena para las personas rústicas una devocion que conduce á la práctica de las virtudes mas nobles?... ¡Ah! permítaseme decir que los que así piensan no tienen la mas leve tintura de lo que es el Rosario. Semejantes á los judíos carnales, que presenciaban los sacrificios y ceremonias legales sin conocer ni su espíritu ni su significacion, ó por mejor decirlo, semejantes al rústico labrador que, hallando una preciosa margarita en el campo, la desprecia y la arroja, porque no conoce el valor intrínseco que encierra; así estos cristianos superficiales desprecian y desdeñan el Rosario, porque, tan linceos como se presumen ser, aun no han llegado á descubrir las riquezas inmensas que contiene. Que entren en su espíritu; que recorran, al paso que irán rezándolo, los grandes misterios que presenta; que miren uno á uno los ilustres ejemplos que descubre, y estoy seguro que quedarán saludablemente desengañados. Vosotros, cristianos míos, no dejéis de practicar esta santa devocion : rezadla cada dia con fervor, medita atentamente el misterio que corresponda á cada decena, imitad los ejemplos que descubriréis en cada misterio, y el Rosario será para vosotros una preciosa cadena por la que lograréis subir al cielo. Amen.